

por todo el camino á los tres prisioneros hasta la cárcel de corte, lugar de su destino, del cual no habían de salir sino para el patíbulo. Así quedó cerrado con broche de oro el triunfo alcanzado en Cuautla por el inmortal Calleja.

CAPITULO XXIX

LA MADRE

El mandarin de Nueva Galicia D. José de la Cruz, seguía gobernando á sus anchas, extendiendo de tal manera su poder, que ya era considerado como una potencia en frente de la del virey de México, al cual solo por pura cortesía le daba cuenta de alguna de sus determinaciones, las cuales no obedecían mas que á su sola y soberana voluntad. En la ancha zona que le estaba encomendada, que él había procurado extender hasta las mas remotas tierras, gozaba de un predominio que por nadie era disputado y antes bien por todos reconocido, considerándose, y si no se consideraba, teniéndose en la práctica, como el señor absoluto de sus vastos dominios.

De cuando en cuando aparecía en aquellos horizontes alguna nubecilla formada por partidas de in-

surgentes que lo hacían montar en cólera; pero contando con Negrete y con otros gefes realistas tan valientes y activos como éste, pronto la deshacían haciendo tan terribles escarmientos tanto en la gente armada como en la pacífica, que ya casi había conseguido que el terror sobrecogiera de espanto aun á los mas animosos, teniéndolos á raya siempre que no se les presentaba una coyuntura favorable para levantarse. De esa manera no se echaba de ver que hubiera en sus dilatados dominios ningun disturbio de importancia, hasta que estalló la insurreccion de los pueblos del lago de Chapala que se hizo fuerte en la isla del Mesquela, de que hablaremos mas tarde, la que sí le dió mucho que hacer haciéndole perder gente, recursos y paciencia.

Disfrutando así de una tranquilidad relativa en su reino, pues Cruz era verdadero rey en sus estados, dueño de vidas y haciendas, ya que no tenía que hacer otra cosa por el momento, pues aun sus relaciones con el virey eran interrumpidas por largos meses, á causa de las guerrillas de insurgentes que interceptaban los caminos, se dedicaba, como digimos en otra parte, á vivir holgadamente y á imponer como ley sus mas raros caprichos, llevando toda la legislación que regia por entonces dentro de los pliegues de su voluntad soberana. Lo mismo se entretenía en recoger los pingües derechos que producía la poderosa nao de China que llegaba cada seis meses, que en visitar las casas de comercio para que no se alteraran los pesos y medidas, que en inspeccionar

el mercado para imponer algun castigo á los que vendían comestibles adulterados, que en obligar á los sacerdotes á que no abusaran de su ministerio, que en las cosas más frívolas, con tal que sirvieran para proporcionarle alguna distraccion ó para imprimirle carácter de gobernante absoluto. En ese concepto fué como lo vimos comenzar á tomar empeño en el porvenir de Margarita, á la cual había tomado bajo su protección á su manera, dedicándose desde el siguiente dia de aquella visita que referimos en otro capítulo, á buscar á la autora de sus dias.

Su primera salida de Palacio fué misteriosa, como que todo aquello parecía tener para él un aire de novela. Luego que oscureció tomó el disfraz de un oficial subalterno, se ciñó su espada y una pistola de dos cañones, se envolvió en una capa de color muy diferente de la suya, se sumió el sombrero hasta los ojos y saliendo por una puerta escusada, se dirigió á los barrios apartados, creyendo que por sí solo bastaría para hacer aquella pesquisa.

Esa excursion le sirvió mucho para oír sus honras de boca de las personas que no le conocían ó que conociéndole no se sospechaban que el mismo Cruz anduviera debajo de aquel disfraz.

Después de haberse presentado en varias casas con diversos pretextos y de haber hecho algunas preguntas impertinentes que le pusieron, por la violencia de su carácter, á punto de ser descubierto, entró á descansar en una tienda pequeña bastante concurrida en que pidió algo de beber. No faltó en la reunion quien

se ofreciera á brindarle una copa de aguardiente del país.

—No bebo eso, contestó con cierta insolencia: quiero un vaso de agua de azúcar mezclada con vino tinto.

—¡Hum! dijo otro, el oficial gasta malas pulgas.

—¿Con que no toma su señoría esto?

—Digo que no.

Entonces el tercero, que tenia toda la facha de un valenton de barrio, se le vino á colocar en frente, le vió de arriba á bajo y le preguntó con voz tosca:

—¿Es su señoría, acaso, pariente de Cruz?

—¿De Cruz? preguntó estremeciéndose, creyendo que lo habian conocido.

—Sí, del gobernador.

—Puede ser.

—¡Ah! pues con razon gasta tan mal genio; dicen que ese caballero es intratable.

—Es mi gefe y me trata bien.

—Sí, le ha de tratar con el tacon de la bota como á todos.

Cruz estuvo á punto de descubrirse haciendo un ademan amenazador; pero se arrepintió y dijo prontamente:

—Venga el vaso y acabemos pronto, que tengo que hacer.

—Eso sí, señor militar, y quítese de imitar las pulgas de su general, que sería bien querido aquí si no fuera un déspota lleno de caprichos.

Todo fué que uno hubiera comenzado, los demas

siguieron diciendo de Cruz lo que sabian y lo que no sabian, hasta que este tomó el partido de retirarse echándoles maldiciones entre dientes.

Podía haberse dado á conocer en el cuartel mas inmediato y volver con una guardia para castigar á aquellos insolentes, pero temió mas lo que se dijera al otro dia de su aventura y prefirió no saborear el placer de la venganza.

Despues de varios dias de inútiles pesquizas, en que ya no volvió á salir sino acompañado y haciendo uso de toda su autoridad, cuando ya pensaba desistir de su empresa, pues que ni sus agentes habian logrado dar con la señora que buscaba, una mera casualidad vino á poner el hilo en sus manos.

El capitan Oropeza que habia llegado á Guadalupe por los fondos para pagar el destacamento que recorria los caminos desde Zacoalco hasta las barrancas de Colima, hizo delante de Cruz esta pregunta á su secretario:

—¿Sabe usted que se encuentre en la cárcel alguna jóven que lleva el nombre de Margarita?

—¿Por qué hace usted esa pregunta? dijo vivamente Cruz.

—Perdone vuestra excelencia, exclamó el capitan inclinándose con la actitud mas humilde, hacia esa pregunta al señor secretario porque en el camino he venido sirviendo de compañía á una dama entrada en años que viene á buscar á su hija de ese nombre con la mala noticia de que el Sr. mariscal Calleja la habia dejado en la cárcel.

—La madre de Margarita! exclamó Cruz alborozado, ¿en dónde está?

—Debe haberse alojado en el meson del Arenal.

—Pronto, pronto va usted mismo y la trae en un coche.

—¿A Palacio?

—Aquí mismo me la trae usted.

—En calidad de presa?

—No, no; simplemente la dice usted que deseo verla para darle noticias de su hija.

El oficial salió á toda prisa viendo el apresuramiento con que le hablaba Cruz, señal infalible de que quería ser pronto obedecido.

Durante la hora que tardó en ir y volver el capitán Oropeza, Cruz estuvo dando vueltas impaciente por el salón, asomándose de cuando en cuando á los balcones.

Por fin llegó Oropeza acompañado de una matrona de buen aspecto, que á pesar de su buena constitución demostraba en su semblante haber sufrido algún padecimiento.

—Siéntese usted, la dijo Cruz, haciendo señal á los demás de que se alejaran.

La señora exhaló un suspiro y tomó asiento.

—¿Cuál es el nombre de usted?

—Tomasa Velazquez, excelentísimo señor.

Cruz hizo una especie de inclinación, agradecido por el tratamiento, y continuó su interrogatorio:

—Española?

—De Santander.

—¿Casada?

Aquí la señora se turbó visiblemente y contestó con voz apenas perceptible:

—Viuda hace doce años y despues vuelta á casar.

—Está bien: esto segundo me importa poco. Dé su primer matrimonio tuvo usted una hija?

—Margarita, contestó la dama arrasados los ojos en lágrimas, es la que vengo á buscar..... supe en el rincón del rancho donde vivo, por un milagro de Dios, que mi hija se encontraba presa.....

Los sollozos no la dejaron concluir.

—Puede usted tranquilizarse, la dijo Cruz con el mejor tono que pudo, su hija de usted no está presa, sino en una casa honrada en donde yo la he puesto, y en donde es muy querida y muy bien tratada.

—Mi hija de mi corazón! exclamó la madre.

—Tampoco me quiero meter en los motivos que usted tuvo para separarse de ella, continuó diciendo Cruz inexorable, pues que ahora solo se trata de que usted la vea.

—Oh! gracias, gracias, excelentísimo señor gobernador, exclamó doña Tomasa queriendo arrodillarse.

—Vamos, dijo Cruz levantándose, mi carroza está abajo y en ella iremos los dos juntos.

Y á la vez evitó que la señora se arrodillase, tendiéndole las manos para que se alzara, dejando luego que lo siguiera.

Cinco minutos despues el page de Cruz daba tres fuertes aldabazos en la casa de los Mercado.

En esta vez la sorpresa que causó el anuncio de

que estaba allí el gobernador, no fué tan extremosa como la primera vez, y á la única que impresionó vivamente la noticia fué á Margarita, que tenia suspendida sobre su cabeza la célebre espada de Damócles: la jóven no obstante el terreno desventajoso en que luchaba, estaba dispuesta á sostenerse en él guardándole la debida fidelidad á su prometido el insurgente. Así, pues, se arregló prontamente para salir y fué de las primeras personas que se presentaron en el estrado con su desembarazo de costumbre.

Entonces el general Cruz se levantó dramáticamente y exclamó señalando á la dama que lo acompañaba.

—Margarita, abraza á tu madre.

—¡Cómo! ¿es posible?..... ¡Dios mio!

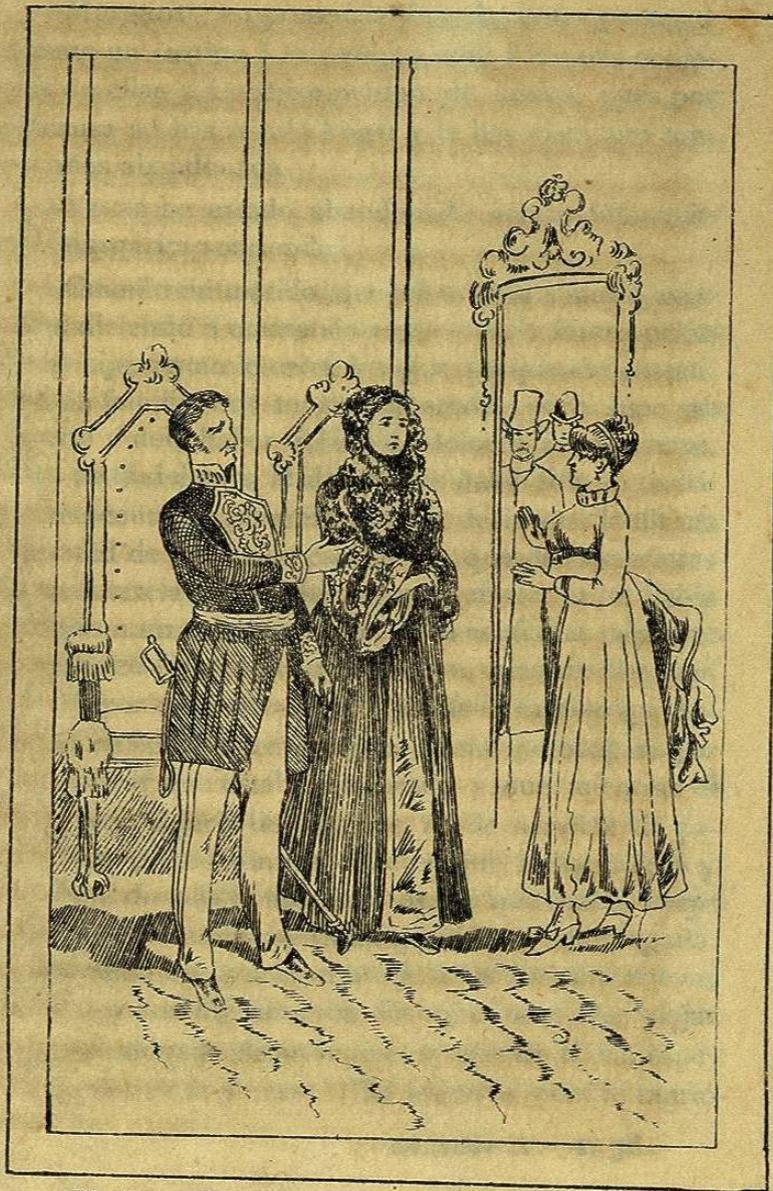
Y se sintió desvanecer como si el suelo le faltara.

—Hija mia! dijo en medio de un grito de angustia la pobre mujer corriendo á sostenerla..... abrázame y despues perdóname.

—¡Oh, sí! ¡oh, sí! decía Margarita profundamente impresionada.

—Todos los asistentes estaban conmovidos y aun el mismo Cruz que en el fondo no era un tigre, tuvo que volverse del lado de la pared para que no se viera una lágrima furtiva que le habia brotado del ojo derecho y que se iba deslizando por sus mejillas como una especie de gusanillo roedor.

Siguieron los abrazos, los besos, las presentaciones y despues que todos se hubieron recobrado y tomado asiento, habló así Tomasa:



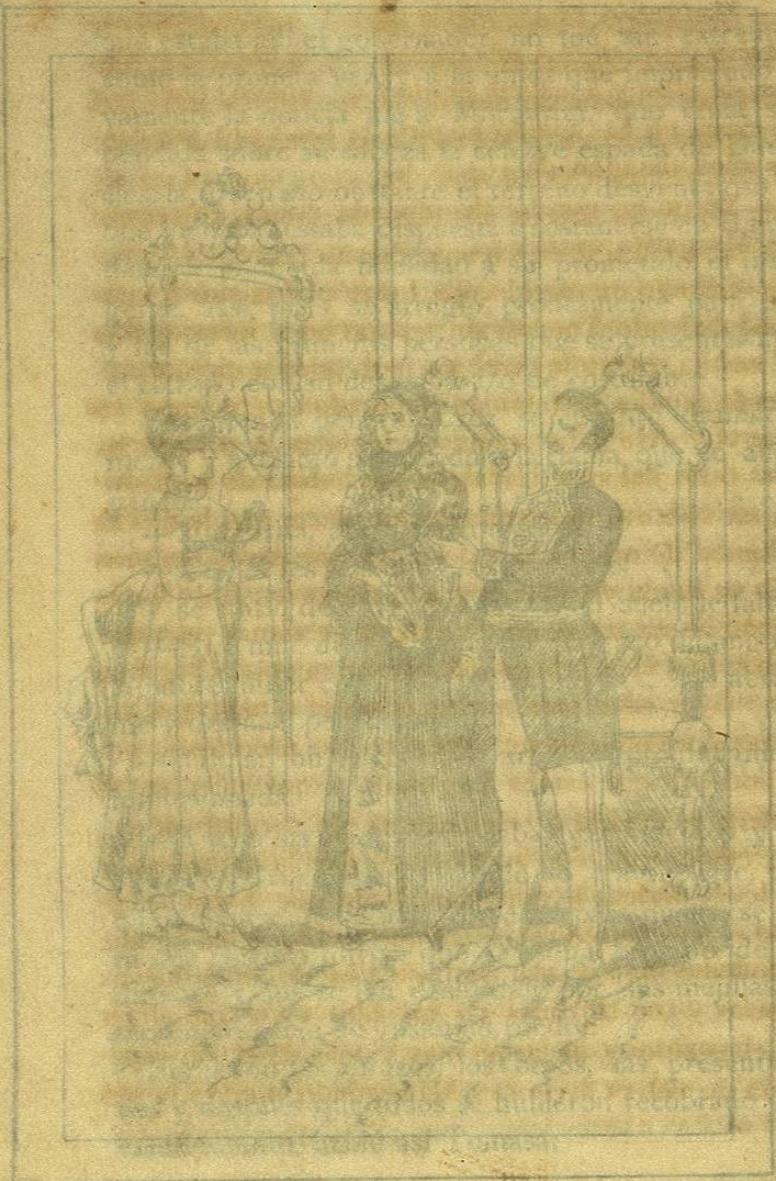
El General Cruz exclamó señalando á la dama que lo acompañaba:

—Margarita, abraza á tu madre.

—Margarita, en presencia de todas estas personas y como un castigo á mis culpas, voy á hacerte confesion de ellas y á pedirte perdon de nuevo, pues por mi causa no has tenido hogar y te has visto por tantos años abandonada.

—Yo no he estado abandonada nunca, interrumpió Margarita sonriendo.

—Cuando mi marido, que fué tu padre, murió, continuó diciendo Tomasa sin reparar en la interrupcion de su hija, yo no le cerré los ojos porque circunstancias de familia nos tenian separados; pero supe su muerte y debí haber volado á Dolores á socorrerte. Una carta del cura Hidalgo, que habia sido tu padrino, me contuvo, pues en ella me decia que la última voluntad de mi finado esposo era que permanecieras bajo su tutela y cuidado, y que al efecto, ya te habia puesto en un convento de toda su confianza para que hicieras en él tu primera educacion, mientras llegabas á la mayor edad para que eligieras el camino que tuvieras por conveniente. Que no me preocupara por tu porvenir que estaba asegurado y que mientras él viviera no dejaria de vigilarte, ni de servirté de padre, cumpliendo con los deberes que la naturaleza y las leyes divinas le imponian desde que habia aceptado el parentesco espiritual que á él te tenia ligada. Viéndome libre y sola, contraje á los dos años nuevas nupcias y con lágrimas en los ojos tuve que dejar aquellos sitios y alejarme mas y mas de tí, sin esperanza de volver á verte. Mi segundo marido murió



El General Cruz esclama al verla al salir de la casa de la
—Margarita, abre á tu padre.

también hace seis meses, dejándome un pequeño terreno que me permite vivir con desahogo aunque con modestia, y en el cual vivía retirada cuando una partida de insurgentes pasó por allí y supe de boca de uno de los soldados, que decía haber estado en Guadalupe, que se encontraba en prisión una joven llamada Margarita, que se suponía ser hija del cura Hidalgo y á la cual el Sr. Calleja intentaba fusilar por haberla sorprendido con el traje de oficial independiente. Reuní luego los recursos que pude, aventurándome á hacer este viaje en medio de los peligros que creía encontrar en mi camino.

—Pero no tuvo usted ninguno, se apresuró á decir Cruz, porque en todos mis dominios se disfruta de la mayor tranquilidad.

—No tuve ninguno, y antes estoy vivamente reconocida al oficial que me vino acompañando y al dignísimo señor gobernador que me ha proporcionado tan pronto la dicha de poder abrazarte.

Se abrazaron otra vez madre é hija, llenándose de besos.

Entonces Cruz puso fin á estas expansiones porque ya le urgía retirarse y despues de dar á Tomasa conocimiento de la situacion, terminó diciendo:

—Por ahora se quedará usted aquí en esta casa, dos ó tres días solamente, mientras se encuentra otra en que puedan vivir usted y su hija juntas, deseando por mi parte que no vuelvan á separarse.

—No nos separaremos nunca, ¿no es verdad, hija mia?

—Es decir, agregó Cruz, solamente en el caso de que el amigo Anselmo Mercado no quiera vivir con su suegra.

—Ay, Dios mio! exclamó la joven, ¿todavía insiste en eso vuestra excelencia?

—Me he propuesto hacerte feliz y yo nunca dejo á medias estas cosas. Estoy comprometido con mi propia conciencia que me dice á gritos que debemos echar tierra sobre el novio insurgente.

Y sin querer oír mas volvió la espalda y se fué.

Todos se quedaron naturalmente sumidos en el mayor embarazo.

Cuando salieron del estupor que siempre producian en las familias las estravagantes resoluciones de Cruz, Margarita en presencia de la familia Mercado contó á su madre toda su historia, sin ocultarle ni las entrevistas conventuales que habia tenido con el manco.

—De manera, hija mia, dijo doña Tomasa, despues de oído el relato, que no solo mantienes relaciones, sino que estás comprometida con ese joven Rafael?

—Le he jurado, con juramento que espero guardar mientras viva, que he de ser su esposa, si es que sobrevive despues de los grandes peligros en que se halla.

El joven Anselmo inclinó la cabeza con abatimiento. Margarita que lo observó, corrió hácia él rápida como el relámpago, le estrechó la mano cariñosamente y le dijo:

—Antigo mio, mi buen amigo, bien sabe Dios que no quiero afligirte y que si se me escapan estas palabras delante de tí es porque me las exige la situación en que me encuentro; pero sabe que te profeso la mayor estimación y que si no hubiera sido porque al venir aquí ya estaba ligada con votos que no puedo quebrantar, á otro hombre que ha hecho por mí sacrificios de héroe, á ninguno otro que á tí me honraria en llamar mi esposo.

—Gracias, gracias, murmuró el jóven con acento de triste resignación, yo solo quiero que seas feliz, Margarita.

—El caso es, prorrumpió doña Tomasa, que nos encontramos ante la voluntad de hierro del general Cruz, que persistirá mas en sus propósitos mientras se vea mas contrariado.

—Ahora mismo acabo de recibir una carta de Rafael, dijo Margarita sacando un papel muy arrugado del bolsillo de su delantal, en que me recuerda enérgicamente nuestros compromisos.

—Después veremos esa carta, contestó la madre, haciendo á la hija una indicación para que no aumentara el dolor del jóven Anselmo. Ahora lo que nos importa es el general Cruz.

—Si es preciso huir, huiremos de aquí, exclamó Margarita con exaltación.

Don Aniceto, que habia permanecido hasta entonces callado, rompió el silencio exclamando:

—No, no habrá necesidad de llegar á esos extre-

mos que serian de fatales consecuencias para nosotros, hija mia, yo tomo á mi cargo este asunto con el general Cruz.

—¿Usted? preguntó la jóven admirada.

—Yo nunca he sido enérgico, yo nunca he tenido valor para ver frente á frente á su excelencia; pero ahora despertaré del sopor en que he vivido y trabajaré hasta persuadirlo de que no debe empeñarse mas en hacer un matrimonio imposible y..... me siento con ánimo para triunfar.

Margarita se levantó y fué á abrazar á Don Aniceto con el mayor regocijo retratado en el semblante.

Doña Catarina concluyó esta escena diciendo:

—Aniceto muy pocas veces se anima; pero cuando se le saca de sus casillas, es otro hombre. Tengamos confianza en Aniceto.

Y no habiendo otra cosa de qué tratar se disolvió la reunión.